

# 7 DIAS DE MAYO

Por FLETCHER KNEBEL  
y CHARLES W. BAILEY II



# ALERTA ROJA

**S**IEMPRE se ha temido en los Estados Unidos el posible surgimiento de una tensión entre la Casa Blanca y el Pentágono, capaz de desembocar en una situación peligrosa para el mundo, si los jefes del Ejército llegasen a asumir la iniciativa y a conducir al país a una guerra termonuclear, al margen de los deseos del Presidente de la Unión. El reciente acuerdo de Moscú —ahora en vías de ratificación por el Senado en Washington— y el deshielo a que ha dado lugar en las relaciones U. S. A. - U. R. S. S., constituye evidentemente una réplica a esas preocupaciones. Sin embargo, nadie se atrevería a descartar que, en un futuro más o menos lejano, la disparidad de criterios en la apreciación de la realidad mundial por parte del poder civil y del militar, podría terminar en una discordia de pareceres capaz de incitar a los jefes del Pentágono a emprender una aventura nuclear. Sobre esta posibilidad, los escritores Knebel y Bailey II, han construido su novela «Siete días de mayo», cuya publicación —un «día», de los siete, en cada número— iniciamos hoy, en rigurosa exclusividad para España. Este libro ha encontrado en el público norteamericano una acogida tan favorable que ha figurado como best-seller en la lista del «New York Times» durante cuarenta y nueve semanas consecutivas. TRIUNFO tiene la satisfacción de presentar al lector español una obra de tan honda significación en la literatura y en la política contemporáneas y cuya actualidad queda subrayada por el hecho de estar ofreciéndola en estos momentos a su público las más prestigiosas publicaciones europeas.

## DOMINGO

Siempre que le tocaba guardia los domingos, Casey se incorporaba al servicio con una sonrisa resignada. Sin embargo, aquella mañana no había logrado librarse de una inquietud imprecisa que no podía localizar. Desde luego que no faltaban motivos de ansiedad: sobre los Estados Unidos se notaba

el peso de un malestar general. El gran público conocía las consecuencias del tratado, desconfiaba de Moscú y se irritaba ante la prolongada huelga que interrumpía la fabricación de proyectiles, unido todo eso al paro y la inflación. Además, no se sabía qué pensar del actual ocupante de la Casa Blanca.

El coronel Martin Jerome Casey —Jiggs para los íntimos— era el responsable del Estado Mayor Interarmas, compuesto por doscientos oficiales seleccionados, encargados del



**¿Por qué juega a las carreras?**

General James Scott. 58 años. Presidente del Estado Mayor Interarmas. Un héroe tan popular como Eisenhower entre la población civil, como Mac Arthur en el Ejército.



**¿Por qué ha bajado su prestigio?**

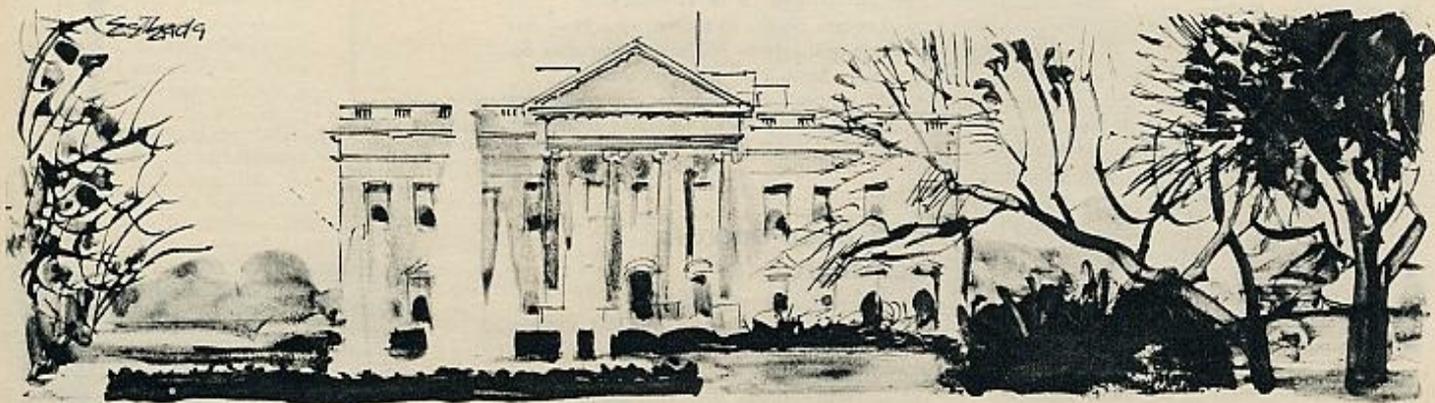
El Presidente de los Estados Unidos, Jordan Lyman, 52 años. Un hombre solo, como cuantos están en el poder. Acaba de firmar un tratado fundamental con la U.R.S.S.



**¿Por qué está intranquilo?**

Coronel Casey, llamado Jiggs, 44 años. Responsable del Estado Mayor Interarmas. Ni un héroe ni un linco. Un buen ciudadano americano, fiel a la Constitución.

# EN LA CASA BLANCA



«Servicio de Encuestas e Investigaciones» para los jefes del servicio.

El coronel entró en el amplio gabinete de trabajo a que su alto cargo de director le daba derecho. El verde pálido de las paredes le recordó, de pronto, que se incorporaba de nuevo al laberinto impersonal del Pentágono.

Hojeó el «Washington Post», leyó dos artículos, anotó los resultados de los partidos de base-ball; después, abrió el «New York

Times» y leyó detenidamente el resumen de noticias de la semana.

La confusión reinaba en todas partes.

Pero por amargo que fuera el humor del universo, Jiggs Casey se vio obligado a reconocer que el suyo propio, aquel día, hubiera podido ser mejor. Se sentía bien dispuesto y en plena forma y, además, a sus cuarenta y cuatro años, estaba provisto de un protector escéptico que le permitía contemplar desde arriba las tribulaciones humanas.

## ¿un soplo para el "sweepstake"?

Casey no era guapo, pero las mujeres, en tiempos, le habían encontrado irresistible y murmuraban aún, entre ellas, que era encantador. Por su parte, los hombres le encontraban simpático.

Desde luego, no era ni un héroe ni un linche. Se había dado cuenta de que no era preciso ser lo uno ni lo otro **SIGUE**



### ¿Qué sabe de la alerta roja?

**Fred Prentice, senador de California. Presidente de la Comisión de Fuerzas Armadas del Senado. De hecho a la cabeza del Pentágono. Poderoso y seguro de sí mismo.**



### ¿Cuál es su misión secreta?

**Paul Girard, 42 años. Secretario del Presidente, que le ha dado su confianza y su amistad. Conoce todos los tejemanejes de la Casa Blanca. Feo y muy inteligente.**



### ¿En qué avispero se ha metido?

**Ray Clark, 48 años, senador de Georgia. Tiene un lugar de preferencia entre los amigos del Presidente. Buena cabeza política. De carácter simpático y alegre.**

para triunfar en su carrera. Pero era un buen soldado que nunca había conocido el pánico.

El teniente Hough, oficial de servicio en la sala de cifra, hizo, según su costumbre, una entrada desprovista de toda etiqueta militar.

—«Gentleman Jim» debe tener un buen solo para el «sweepstake» (1). Si no, le van a dar para el pelo y sus amiguitos no le volverán a confiar sus apuestas.

Casey pensó, distraído, que en su juventud no se le hubiera ocurrido nunca designar al presidente del Estado Mayor Interarmas por un mote, en presencia de un oficial superior. «Gentleman Jim» era el general James Scott, del Ejército del Aire de los Estados Unidos. Pasaba por ser un héroe.

Hugh siguió charlando; Casey le escuchaba distraídamente.

—El ayudante de campo del general, el coronel Murdock, me trajo un mensaje esta mañana, a las siete y veinticinco, antes de que hubiera abierto los ojos. Un mensaje dirigido a cinco personas diferentes que trataba de una apuesta común sobre un caballo del «sweepstake». Si el tesorero se enterase de que este comercio se realiza en mi pequeño manicomio...

Casey, despreocupadamente, siguió la conversación:

—El general Scott es entendido en caballos. ¿Cuál cree que será el ganador?

—No lo ha dicho. No hablaba más que de la recuperación de los fondos.

El joven sacó una hoja de papel y leyó el mensaje en alta voz:

—«Última convocatoria para el sweepstake. Mis diez dólares ya confiados a Murdock. Último plazo el viernes a las diecisiete horas. Resultado a las diecinueve horas del sábado dieciocho de mayo. Scott».

Casey decidió que se imponía un pequeño sermón sobre disciplina.

—Ya conoce usted el reglamento. Nadie tiene derecho a copiar, para uso personal, los mensajes que llegan al departamento de cifra. ¿Quiénes son los que figuran en la lista?

Hough hizo un gesto burlón.

—Coronel, he clasificado los mensajes en el código azul, cifra personal del Presidente. Estaban dirigidos a las siguientes personas: general George Seager, general Theodore F. Daniel, vicealmirante Farley C. Barnswell, almirante Topping Wilson. Y, finalmente, el general de División Thomas R. Hastings, del Primer Cuerpo de Ejército Aerotransportado.

Casey espió un gruñido y tendió la mano hacia los mensajes que el joven le había llevado.

—Lárguese. Le verá más tarde.

Eran cerca de las doce cuando Casey, una vez acabada su tarea, se dirigió al departamento de cifra, cargado con un sobre lleno de respuestas para ser enviadas.

Hough, repantingado en su silla, leía «tebeos».

(1) Famosa carrera de caballos americana.

—Bien, coronel, ¿tiene trabajo para mis gamberros? —preguntó.

Casey le tendió el sobre.

—Fíjese en esto, coronel.

Al coger el papel observó que era la copia de un oficio que acababa de llegar: «Scott, Estado Mayor Interarmas, Washington. Nada de apuestas, pero siempre suyo. Barnswell, comandante de la VI Flota».

—Lo que prueba —recalcó Hough—, que incluso un almirante puede no tener diez dólares para apostarlos sobre un caballo.

—Si continúa metiendo las narices en los asuntos de Scott —dijo Casey—, le mandarán a las islas Aleutianas.

## una base secreta del sector "y"

En la «república» de los oficiales superiores, Casey recibió la agradable sorpresa de encontrarse con un amigo, el teniente coronel de Transmisiones Mutt Henderson, al que había conocido tres años antes, durante la guerra del Irán. Pero ahora era el coronel William Henderson.

—¡Vaya! ¿Dónde ha conseguido ese volátil? —preguntó Casey, acariciando el águila que Henderson ostentaba en su hombro izquierdo—. Me alegro de verle. ¿Qué le trae por aquí?

—Alguien tiene que venir a darle un toque a sus chupatintas de vez en cuando —comentó Henderson.

Tenía grandes ojos negros y una sonrisa maliciosa.

—Mutt, póngame al tanto. ¿Dónde está ahora?

—Desde hace cuatro meses respondo con una mentira a esta pregunta —contestó Henderson bajando la cabeza—. Pero usted es distinto. Es asunto suyo saberlo. Diablo, Jiggs, probablemente mis órdenes vienen de usted. Estoy en el Econcom.

Casey se dio por enterado. Ignoraba la existencia del Econcom y supuso que Henderson daba un nombre local a una unidad que él conocía en otros términos. Le siguió la corriente.

—Y no le gusta, claro. No me eche maldiciones, que no soy yo quien ha dado la orden. ¿Vive en la base?

—¡Caray, claro que no! —gritó Henderson—. Nadie podría vivir en aquel agujero. No, tenemos una casita en El Paso.

Sacó un bloc del bolsillo y garabateó unas palabras:

—Este es el número del teléfono de mi casa, si por casualidad va por allí. El sector «Y» no tiene teléfono exterior, aparte la línea personal del comandante.

De nuevo, Casey se lanzó a las averiguaciones:

—Ya veo que está realizando un trabajo importante. ¿Cuántos hombres tiene? Creo recordar que no había suficientes.

—Sí —replicó Henderson—, estamos completos: cien oficiales y tres mil quinientos hombres. Han llegado hace dos semanas. Pero, es curioso, Jiggs: empleamos más tiempo para el ataque que para la defensa. Si no estuviera mejor informado, pensaría que alguno de los que rodean a Scott tiene un complejo derrotista, como si los comunistas se hubieran apoderado ya de los Estados Unidos y debiéramos esforzarnos en arrancarles su presa.



—No nos hagamos ilusiones, coronel —dijo el

¿Qué me oculta Scott?, pensó Casey. El Presidente Lyman debe haberle ordenado guardar el secreto. Pero, ¿de qué se tratará? ¿De una organización de lucha contra el sabotaje...?

—Previsión, Mutt, previsión —dijo en voz alta—. En Washington ven lejos, incluso cuando miran en mala dirección. A propósito, ¿cuánto tiempo se quedará en nuestra ciudad?

## alerta el fin de semana

—Me voy mañana —respondió Mutt con una mueca—. El comandante hace un informe para Scott y yo confirmo lo que dice. Te



senador Prentice secamente.— El país está en peligro, en un gran peligro. Militar o no, usted es un ciudadano. Tiene el deber de ocuparse de política.

nemos un cuchitril y un teléfono en el quinto piso; en caso de que tenga necesidad de mí es el 72.291.

Casey se preguntó quién sería el jefe de Mutt, pero no lo manifestó. Henderson creía que lo sabía.

Volvió a su despacho y pasó casi una hora hojeando las órdenes y las instrucciones del año anterior, esperando encontrar alguna información sobre el Econcom. Sus esfuerzos fueron inútiles. Bien —se dijo—, Scott me informará cuando lo crea conveniente.

Abrió la caja fuerte y, sin volverla a cerrar, sacó un registro escrito a mano, con las palabras «Alerta roja general 74-Y», entre dos estampillas de «Ultra Secreto».

La última «Alerta roja general», seis sema-

nas antes, no había satisfecho a nadie. Dos escuadras de ataque habían sido retenidas en el puerto, con la mitad de sus barcos en dique seco para reparaciones insignificantes, que habrían debido ser hechas varias semanas antes. Sólo un tercio de los aviones S. A. C. (2) había despegado a la hora prevista. La noticia de este fracaso se había extendido desde media docena de bases repartidas por el mundo hasta la prensa. El propio Presidente Lyman había telefonado dos veces para preguntar qué ocurría, y Scott —la calma personificada— había tenido un ataque de furor.

Para corregir los defectos, se decidió intentar otra experiencia al final de la próxima

(2) Siglas de Strategic Air Command.

semana. El jueves precedente, los Jefes de Estado Mayor Interarmas habían fijado la fecha y, hasta ahora, eran los únicos que la conocían, aparte el Presidente Lyman, Casey y el coronel Murdock, ayudante de campo de Scott. El mismo Scott había escogido la hora: el sábado, 18 de mayo, a las 19 horas de Greenwich, tres de la tarde en Washington. Casey estaba todavía examinando el plan cuando, a las cuatro, llegó su sustituto. Se apresuró a guardar la carpeta en la caja fuerte.

\* \* \*

Los Stewart Dillard vivían en una enorme villa de Rolling Road. Dos gigantescos robles enmarcaban la casa, construi-

**SIGUE**



  
**Ella,**  
 Ely  
**EXPO**

**LAS ELEGANTES CAMISAS EXPO.**

HOMOLOGACION  
**TERGAL**  
SALA

son camisas

**Admiral®**

*Dama* EXPO  
**EXPO**  
 CLUB  
**TRASPISO**  
*Excella*  
**television**  
 PORCENTU  
*Dama*



FOTO STUDIO PONES

TIEMPO

da en 1940, en el estilo colonial de moda en aquella época. Era lo que necesitaba un intrigante como Dillard, abogado de los sindicatos del armamento, que intentaba monopolizar los contratos del Ministerio de Defensa Nacional.

La calle estaba llena de coches aparcados. Casey observó una matrícula de California en un Thunderbird amarillo pálido. Paró su viejo Ford al final de la calle y esperó a que Marge, su mujer, se arreglara ante el espejo retrovisor. Cuando estuvo lista, abrió la puerta.

—Bien, coronel, ¿con quién vamos a pensar la velada?

Casey miró los otros coches.

—Con la flor y nata —dijo—. Un senador, a juzgar por esa matrícula. Probablemente un funcionario de la Casa Blanca. Un oficial de importancia: yo. Dos o tres periodistas, un par de miembros del Congreso, otro del Cuerpo Ejecutivo y media docena de parejas a las que no conoces y a las que, probablemente, no volverás a ver nunca.

Un filipino con chaqueta blanca les abrió la puerta, conduciéndoles al jardín de detrás de la casa. Al salir a la terraza, les aturdió el rumor de las conversaciones. Perfumes femeninos y el aroma de la hierba recién cortada flotaban en el aire, mientras que las colillas y las huellas de las pisadas manchaban ya el césped.

El senador era Frederick Prentice, demócrata de California, Presidente de la Comisión de Fuerzas Armadas del Senado, gran santón de su partido y, de hecho, si no de derecho, a la cabeza del Pentágono. El periodista era Malcom Waters, acreditado en la Casa Blanca por la Associated Press.

## los resultados de gallup

Casey sonrió abiertamente al ver al funcionario de la Casa Blanca. Era amigo de Paul Girard, secretario del Presidente Lyman, desde el día en que fueron contrincantes en un partido de fútbol y le tenía en gran estima. Era perspicaz, conocía todos los secretos de la Casa Blanca y gozaba de la total confianza de Lyman.

Casey y Girard se encontraban en un grupo del que formaban parte Waters y Prentice. El periodista intentaba hacer hablar al senador:

—¿Conoce ya el resultado del sondeo de Gallup? —preguntó Waters—. Mañana se hará público y demuestra que sólo el veintinueve por ciento de los ciudadanos aprueban el modo de obrar del Presidente. Parece que es el porcentaje más bajo desde que Gallup hizo el primer sondeo de opinión.

Prentice ladeó la cabeza y rasgó el aire con un ademán. Transpiraba confianza en sí mismo por todos los poros, esa confianza que da

el ejercicio durante años de un poder exento de responsabilidades. En cuanto Presidente de la Comisión del Congreso podía atacar, adivinar, inquirir, reconvenir, sin temor a equivocarse, ya que la reprimenda le tocaba siempre a otro.

—Es muy sencillo —contestó en tono doctoral—. El Presidente confía en los rusos. El pueblo americano no le imita. Este tratado no le gusta a nadie, y nadie se cree que los rusos vayan a destruir sus bombas el uno de julio. Yo tampoco, claro.

El tratado, el tratado, el tratado... Casey, como todos los demás habitantes de Washington, no oía hablar de otra cosa desde que en enero se había reunido el Congreso y el Presidente Lyman había impuesto el pacto al Senado, con sólo dos votos más de los indispensables para la mayoría de dos tercios.

El 1 de julio, según el acuerdo firmado en Viena entre Lyman y el «premier» soviético, Georgi Feernov, ambos países, en presencia de los observadores de Holanda y Finlandia, deberían desarmar dos bombas de neutrones. Cada mes serían destruidas otras tantas, no sólo en Rusia y Estados Unidos, sino también en las demás potencias occidentales y comunistas. Todas las naciones, comprendida la China comunista, habían ratificado el tratado. La operación no terminaría hasta que los depósitos nucleares del Este y del Oeste quedarán vacíos. Al cabo de dos años, el desarme sería una realidad.

—Después de todo, ¿es tan poco razonable la actitud del Presidente? —preguntó un recién llegado, con chaqueta blanca, cuyo nombre Casey no había oído—. Si los rusos se comportan como unos traidores, lo sabremos inmediatamente y el tratado se hundirá.

—Llevo treinta años oyendo este argumento —dijo Prentice—. Cuando recurrimos a él para justificar una política, estamos listos. La última vez fue con motivo de la conferencia en la cumbre de 1970, que se decía iba a resolver el problema iraní. Seis meses más tarde, el país era invadido por guerrilleros soviéticos y, ahora, nos encontramos con dos iranes, uno de ellos comunista.

## la extraña visita nocturna

El tono iba subiendo en proporción directa a las bebidas consumidas. Después de la cena, Prentice cogió del brazo a Casey y le llevó aparte.

—Coronel, hace un momento hablaba seriamente. Tiene usted la suerte de trabajar para el hombre que posee la confianza de nuestro país y que podría sacarnos del apuro.

—Soy militar, senador —replicó Casey, en tono ligero, propio de una reunión mundana—. Creo que usted pretende orientarme hacia la política...

—No nos hagamos ilusiones, coronel —dijo Prentice con tono seco—. Nuestro país está en peligro, en un gran peligro. Militar o no, usted es un ciudadano, y todo ciudadano tiene el deber de ocuparse de política.

Casey desvió la conversación:

—Espero que pase usted unas buenas vacaciones, igual que la señora Prentice. Olvidé preguntarle durante la cena a dónde pensaban ir.

—Yo me quedo aquí. Tengo demasiado trabajo —contestó Prentice, echando una mirada a su alrededor—. Por otra parte, alguien debe quedarse alerta en Washington. Sobre todo, el sábado, coronel.

La palabra «alerta» dejó sin respiración al oficial.

—Naturalmente, debemos estar siempre alerta —dijo, a falta de algo mejor. Prentice le dio una palmada en el brazo y se alejó.

¿Cómo es que Prentice había oído hablar de la alerta? En principio, sólo estaban al corriente ocho hombres, y él no era uno de ellos. Claro que estaba bien informado, al hallarse a la cabeza del Comité de las Fuerzas Armadas. Pero esta vez, Scott había dado órdenes tajantes. Si Prentice lo sabía, ¿sería el único? En todo caso, era necesario advertir a Scott.

Al volver a su casa, pasadas las doce, Casey decidió dar un rodeo por Fort Myer. Quizá, Scott no se hubiera acostado todavía.

Este vivía en una casa de dieciséis habitaciones, tradicionalmente reservada al Presidente de los Jefes del Estado Mayor Interarmas.

Casey disminuyó la velocidad al volver la esquina y se encontró ante la casa. Los faros iluminaron un cañón de fusil: el centinela caminaba a lo largo del muro. La luz pasó también sobre la parte trasera de un Thunderbird amarillo pálido allí aparcado. Su matrícula saltó a los ojos de Casey: el coche de Prentice. Sólo una ventana estaba iluminada: la del gabinete de trabajo de Scott.

Aceleró, pasando ante el coche de Prentice. Si Scott estaba reunido con el senador, era de suponer que una interrupción no le haría gracia.

Ignoraba que Scott y Prentice fueran amigos íntimos. Pero, ¿por qué esta visita en plena noche?

Era evidente que Prentice conocía la «Alerta Roja General». ¿Qué conclusión podía sacarse de todo aquello? Renació el vago malestar de la mañana, transformado, ahora, en ansiosa perplejidad.

Copyright 1963 by Harper & Row, Publisher Inc.

La traducción castellana de la obra original de Fletcher Knebel y Charles W. Bailey II, aparecerá en España a principios de noviembre próximo, en la colección *Ancora y Delfin* de Ediciones Destino.

Los dibujos de Adolfo Estrada se han inspirado en el film *Paramount* interpretado por Frederic March, Burt Lancaster y Kirk Douglas, cuyo estreno mundial tendrá lugar en los Estados Unidos el próximo diciembre.

EN EL PROXIMO NUMERO:

**REUNION SECRETA  
CON EL PRESIDENTE DE EE.UU.**